

CULTURA



El escritor y periodista J. R. Moehringer, en Barcelona el pasado septiembre. / CONSUELO BAUTISTA

J. R. MOEHRINGER Escritor y periodista

“Podía escapar de los miedos a través del bar”

CARLES GELI, **Barcelona** Si la *Iliada*, amén de poema épico sobre el regreso a casa, se entiende como un tratado sobre “la armadura de hojalata de la virilidad”, y algunos bares son vistos como un sistema de rituales iniciáticos, la suma de ambos da el mejor manual de instrucciones para la vida: literatura y sabiduría popular. “Los dos rezumaban verdades atemporales sobre los hombres”, así lo vivió, sintió y escribió J. R. Moehringer (Nueva York, 1964), chico de las fotocopias en *The New York Times*, periodista brillante de *Los Angeles Times* y premio Pulitzer de Periodismo (2000). Comprensible si se sabe de su infancia: su padre abandonó a su mujer cuando él tenía siete meses y los dejó en la miseria

sin pensión alguna, abocados a vivir en la desvencijada casa del zarrapastroso abuelo, la “Casa Mierda” (12 personas, almacén de diversos fracasos matrimoniales de sus hijas), y a él buscando por el dial la voz de su progenitor, violento y alcohólico *dj* y locutor, en una deriva emocional que le depositó en el bar del barrio, el Dickens. Ese periplo y las vidas de aquellos clientes conforman *El bar de las grandes esperanzas* (Duomo), sensible y fluida autobiografía con pespuntos novelescos que ahora llega a España.

El libro —de 2005— lo leyó en su día el tenista André Agassi, que comprensiblemente decidió escoger a Moehringer como amanuense para sus celebradas memorias *Open* (Duomo), consideradas por

El autor relata una infancia cruda en ‘El bar de las grandes esperanzas’

“Intentas rellenar el vacío paterno de cosas a menudo insatisfactorias”

la crítica como una de las mejores del ámbito deportivo, desprendiendo la misma musicalidad agri dulce que esa extraña búsqueda en un bar del sucedáneo de un padre. “Le intenté encontrar antes en otros sitios, desde debajo del sofá hasta en los New York Mets, pasando por mi abuelo, la radio... Pero con nada o nadie me sentía yo, creía estar en una obra de teatro mala donde nadie se sabe el diálogo; por eliminación llegué a ese bar y oír hablar a todos aquellos hombres era lo que sentí que necesitaba”.

En esa particular escuela aprendió dos cosas: que hay que temer a la desilusión y que el miedo es lo que, para bien o para mal, nos mueve. “Mi niñez fue, básicamente, miedo, siempre estaba ansioso: por mi madre, por el dinero, por poder estudiar en Yale... Pero con ellos me sentía seguro: era como en el filme *Platoon*, un batallón de soldados entrenados para cualquier cosa”. Luego estaba, claro, el alcohol, problema que Moehringer no elude pero que trata con la misma elegancia informal con la que viste. “La combinación joven y alcohol hace desaparecer todos los miedos; quizá uno de los recuerdos más vivos que tengo es el del segundo cóctel que me tomé en mi vida; mirando por una ventana, pensé: ¿Dónde se me ha ido todo el miedo y la inseguridad? Con dos martinis habían desaparecido... Podía escapar de los miedos y las obsesiones que me definieron de niño a través del bar y de sus gentes”.

El collage de personajes (camareros, clientes, primos...) insufla tanta confianza al adolescente protagonista que quizá se puede pensar que es posible crecer sin padre. O que no es tan grave. “No, no, es gravísimo; yo también quería creer que no lo necesitaba pero está siempre ese vacío que intentas rellenar toda tu vida de cosas que a menudo son totalmente insatisfactorias y, lo que es peor, muchas dafinas, malas, que conducen a una infancia rota”. EE UU, cree, es la prueba: “La población reclusa crece y crece, mayormente con afroamericanos, gente de familias desestructuradas donde la figura paterna está ausente...”. ¿Pero su madre no encarna muchos de los valores que buscaba en su progenitor? “Tiene un corazón de león... pero es mi madre y hay un momento en que ne-

“El error más grande es vivir cada uno en su propio mundo”

“En aquel local escuché hablar a todos los hombres que necesitaba”

cesitas ver a un hombre mayor, como un atleta a su entrenador”. ¿Y las parejas de lesbianas que adoptan niños? “Lo respeto, pero como mínimo debería haber un padre: medio planeta es del sexo opuesto y un niño debe entender y saber de ambas partes; el sexo y la sexualidad es parte de tu crecimiento como persona”.

Gozó el joven Moehringer de un lujo asiático, vistos los tiempos actuales: la función de Pigmalión cultural de la pareja Bill y Bud, libreros en un desolado centro comercial, y el cura Amtrak, que le aconseja sobre la vida, la lectura y la escritura. “Esa generosidad no se da tanto hoy porque móviles o tabletas hacen que uno se centre más en sí mismo y nos sea más difícil volcarse con los otros; hoy hay menos comprensión por lo que les pasa a los demás”.

El padre Amtrak, en esa línea, le brinda una de las frases más profundas del libro: “Se necesitan muchos hombres para construir uno bueno”. Toda una filosofía: “El error más grande hoy es vivir cada uno en su propio mundo cuando deberíamos integrar emociones y experiencias de los demás con las nuestras; es una filosofía de vida hoy extraña pero que deberíamos conservar como los rinocerontes”. Y lo remata con un aforismo, casi: “Yo soy parte de todo lo que he conocido... lo hablé con Agassi: del libro le gustó que reflejaba mi vida con respeto a los otros de mi alrededor, entreteniendo experiencias”.

Tenista y periodista coincidieron a su vez en repudios. Uno le dijo que odiaba el tenis; el otro, escribir. Pero esto último nadie lo diría: Moehringer demuestra una facilidad pasmosa para engarzar detalles, tramas y personajes en un discurso que lleva al lector por una imperceptible cinta rodante de aeropuerto.

CAFÉ PEREC

Enrique Vila-Matas

Por un saber discreto

El placer de leer se asemeja al de modificar, sea nuestro o ajeno, lo que leemos

Cuando murió Henry James, Ezra Pound dijo que había muerto el que sabía qué era la literatura. Exactamente dijo: “Había alguien en Londres que era la literatura para nosotros, estaba ahí, en algún lugar de la ciudad, y tenía todas las respuestas”.

Ricardo Piglia se pregunta en *La forma inicial* (Sexto Piso) a qué clase de saber se refería Pound y sugiere que podría ser un saber de la técnica, quizás un saber del estilo. Y cita esta frase de Pound: “La técnica es la prueba de la sinceridad del artista”. En cierto sentido, Pound está ahí hablando de un saber discreto, nunca dicho del todo, ligado a la perspectiva, al detalle, ligado a un modo de leer lo que escriben los demás sabiendo que se puede modificar.

Ese saber discreto tendrían que intentar enseñarlo en las escuelas de letras, pues éstas tienen capacidad potencial para enseñarnos tanto a leer como a modificar: no hay un solo texto redondo y, además, las relaciones humanas en realidad no se detienen en ningún lugar definitivo y por tanto no hay rela-

tos que no puedan tener una vuelta de tuerca detrás de otra.

El placer de leer se asemeja al de modificar con discreción, sea nuestro o ajeno, lo que leemos. Me acuerdo de un compañero de curso que en el colegio fundó una revista literaria; pidió colaboraciones a los diez componentes de la exigua sección de letras y, cuando reunió los textos, los pasó él mismo a ciclostil, corrigiendo lo que no le gustaba de cada uno de los escritos recibidos. Cuando vimos la revista, todos protestamos furiosos al ver que nos había cambiado metáforas y hasta brillantes parrafadas. Su estupor ante las protestas no he podido olvidarlo; era evidente que le parecía legal lo que había hecho. Hoy le entiendo mejor, porque sé que nunca se propuso ser escritor, ni lo fue; lo que le atraía era inventar un modo de leer lo que escribían los otros, de leerlo y luego reescribirlo: un modo extraño de crear un estilo propio.

Ese compañero de curso parece tener un punto en común con José Bianco, revisor

implacable de las colaboraciones que llegaban a la redacción de la mítica revista *Sur*, la publicación mensual de Victoria Ocampo y Borges. Como redactor jefe rechazaba escritos y otros los corregía, fiel a una práctica que tendía a ver los textos como si nunca estuvieran terminados y por tanto pudieran ser alterados.

Esta clase de lector, viene a decirnos el imprescindible Piglia, es el que lee los escritos ajenos como si fueran propios y pudieran siempre ser mejorados; no es un crítico en el sentido estricto, más bien el *miglior fabbro* (así llamó Eliot a Pound), es decir, el mejor forjador del hablar materno: “*il miglior fabbro del parlar materno*”, dice Dante en *Purgatorio*. Ese mejor hacedor es un experto conocedor de los artificios del arte. Todas nuestras escuelas de letras deberían crear, de vez en cuando, algún lector modesto y exquisito de ese tipo: alguien cómodo en la sombra, con una sabiduría discreta a lo Bianco, o a lo James; alguien a quien pudiéramos recurrir, porque tendría todas las respuestas.